



CUARESMA CON NGUYEN VAN THUAN: PROFETA DE LA FE Y LA ESPERANZA



2

VIVIR LA FE EN EL CAUTIVERIO

Trece años en cárceles vietnamitas

En 1975, François Xavier Nguyen Van Thuen fue nombrado por Pablo VI obispo de Ho Chi Minh (Saigón). El gobierno comunista definió su nombramiento como un complot y tres meses después le encarceló. Fueron vanas las gestiones diplomáticas realizadas por la Santa Sede para que el Vietcong le liberara.

Desde el 15 de agosto de 1975 estuvo en seis cárceles distintas. La libertad llegó de improviso, sin proceso ni sentencia. Cuando el ministro del Interior le preguntó si quería expresar algún deseo, contestó: “Ya he estado preso el tiempo suficiente, bajo tres



pontífices, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, y bajo cuatro secretarios generales del partido comunista soviético, Breznev, Andropov, Chernenko y Gorbachov. Déjenme libre ya mismo”. Liberado el 21 de noviembre de 1988, quedó bajo arresto domiciliario. Tres años después, fue expulsado de Vietnam y jamás pudo regresar.

A pesar de las duras condiciones de su prisión, su testimonio de bondad, su fe y su esperanza inquebrantable en Jesús despertó la admiración e incomprensión de sus compañeros de prisión y de los carceleros. El mismo nos lo relata:

«Después de que me arrestaran dos policías, por la noche me llevaron de Saigón hasta Nhatrang, un viaje de 450 kilómetros. Comenzó entonces mi vida de encarcelado, sin horarios, sin días ni noches. Durante mi larga tribulación de **nueve años de aislamiento** en una celda sin ventanas, iluminado en ocasiones con luz eléctrica

durante días enteros, o a oscuras durante semanas, sentía que me sofocaba por efecto del calor i la humedad. Estaba al borde de la locura. No podía dormir. **Me atormentaba la idea de tener que abandonar la diócesis, de dejar que se hundieran todas las obras que había levantado para Dios.** Experimentaba una especie de revuelta en todo mi ser».



Tres líneas de acción guiaron su vida en la prisión:

1.- Sólo Dios

«Una noche, en lo profundo de mi corazón, escuché una voz que me decía: "¿Por qué te atormentas así? **Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios.** Todo aquello que has hecho y querías continuar haciendo es una obra excelente, pero son obras de Dios, no son Dios. Si Dios quiere que tú dejes todas estas obras poniéndote en sus manos, hazlo inmediatamente y **ten confianza en Él.** Él confiará tus obras a otros, que son mucho más capaces que tú. Tú has escogido a Dios, y no sus obras".

Esta luz me dio una nueva fuerza. Desde aquel momento, una nueva paz llenó mi corazón y renovaba esta decisión frente a las situaciones difíciles. Este es el fundamento de la vida cristiana. María optó por Dios, abandonando sus proyectos, sin comprender plenamente el misterio que estaba teniendo lugar en su cuerpo y en su destino. ***"Escoger a Dios y no las obras de Dios: esta es la respuesta más auténtica al mundo de hoy".***»

2.- Vivir el presente con amor

«En nuestra tierra hay un refrán que dice: "Un día de prisión vale por mil otoños de libertad". Yo mismo pude experimentarlo. En la cárcel todos esperan la liberación, cada día, cada minuto. Me venían a la mente sentimientos confusos: tristeza, miedo, tensión. Mi corazón se sentía lacerado por la lejanía de mi pueblo. En la oscuridad de la noche, en medio de ese océano de ansiedad, de pesadilla, poco a poco me fui despertando: "Tengo que **afrontar la**

realidad. Estoy en la cárcel. ¿No es acaso este el mejor momento para hacer algo realmente grande? Tengo que **aprovechar las ocasiones que se me presentan cada día para cumplir acciones ordinarias de manera extraordinaria**".



En las largas noches de prisión, me convencí de que vivir el momento presente es el camino más sencillo y seguro para alcanzar la santidad. **"Jesús, yo no esperaré, quiero vivir el momento presente llenándolo de amor. La línea recta está hecha de millones de pequeños puntos unidos unos a otros. También mi vida está hecha de millones de segundos y de minutos unidos entre sí. Si vivo con perfección cada minuto la vida será santa"**.

Así se reforzó en mi interior la idea de que tenemos que vivir cada día, cada minuto de nuestra vida como si fuera el último; dejar todo lo que es accesorio; **concentrarnos sólo en lo esencial.** Cada palabra, cada gesto, cada llamada por teléfono, cada decisión, tienen que ser el momento más bello de nuestra vida. Hay que amar a todos, hay que sonreír a todos sin perder un solo segundo.

Cuando salí, recibí una carta de la Madre Teresa de Calcuta con estas palabras: **"Lo que cuenta no es la cantidad de nuestras acciones, sino la intensidad del amor que ponemos en cada una".**»

3.- Vivir la Eucaristía

«Cuando me encarcelaron, surgió en mí una pregunta angustiada: "¿Podré seguir celebrando la Eucaristía?". Cuando me arrestaron, tuve que marcharme enseguida, con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir a los míos, para pedir lo más necesario: ropa, pasta de dientes... Les puse: "Por favor, envíadme un poco de vino como medicina contra el dolor de estómago". Los fieles comprendieron enseguida. Me enviaron una botellita de vino de misa, con la etiqueta: "medicina contra el dolor de estómago", y hostias escondidas en una antorcha contra la humedad. La policía me preguntó: –¿Le duele el estómago? –Sí. –Aquí tiene una medicina para usted.

Nunca podré expresar mi gran alegría: diariamente, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebré la misa. ¡Éste era mi altar y ésta era mi catedral! Era la **verdadera medicina del alma y del cuerpo**: "Medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo", como dice Ignacio de Antioquía. **"Quien come de mí vivirá por mí."**



En el momento en que vino a faltar todo, la Eucaristía estuvo en la cumbre de nuestros pensamientos: el pan de vida. A cada paso tenía ocasión de extender los brazos y clavarme en la cruz con Jesús, de beber con él el cáliz más amargo. Así me alimenté durante años con el pan de la vida y el cáliz de la salvación. Así, en la prisión, **sentía latir en mi corazón el corazón de Cristo. Sentía que mi vida era su vida, y la suya era la mía. ¡Han sido las misas más hermosas de mi vida!»**



- ✓ El Señor no es el Salvador que te obliga a amarlo y revivirlo, sino más bien aquél por quien tienes que dejarte amar sin reservas.
- ✓ Tener valentía no supone: ni aventurarse en cosas sin sentido, ni hacer planteamientos temerarios. Si quieres llegar hasta el fondo en este camino de la esperanza, debes liberarte del miedo. ¿Cuántas personas permanecieron al lado de Jesús, al pie de la Cruz?
- ✓ Si lo has abandonado todo, pero todavía no has renunciado a ti mismo, en realidad no has abandonado nada, porque poco a poco te aferrarás a todas aquellas cosas que has dejado al inicio.
- ✓ El amor auténtico no razona, no pone límites, no calcula, no recuerda el bien que ha hecho ni las ofensas que ha recibido, nunca pone condiciones. Si hay condiciones, ya no hay amor.